

Amor y muerte en *La flor del norte* de Espido Freire¹

Samuel Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid – Université Clermont-Auvergne

*Ich leb' allein, in meinem Himmel,
In meinem Lieben, in meinem Lied.*

Friedrich RÜCKERT

Resumen: Espido Freire (Bilbao, 1974) nos sumerge de nuevo en *La flor del norte* (2011) en la corriente siempre en movimiento de la vida, donde tanto el amor como la muerte se convierten en dos variaciones de un mismo tema, el mal, que puede ser además un hermoso y cruel arte. Por otro lado, la elección de un personaje histórico del siglo XIII del que apenas tenemos información, la princesa Cristina de Noruega, cuñada del rey Alfonso X el Sabio, abre nuevas perspectivas en torno al acercamiento a la novela “histórica”.

Desde este artículo deseamos analizar a nivel metafísico-literario los conceptos de novela histórica, amor, muerte y asesinato. Prestaremos un interés especial al proceso de (re)construcción de un personaje cuya vida, más allá de tiempo y espacio, ropas y palacios, podría ser la de cualquier ser humano, profundamente contradictorio, expuesto al abismo, a la vida, al mal, al mismo fluir incesante que se repite cíclicamente.

Palabras clave: Espido Freire, *La flor del norte*, Cristina de Noruega, novela histórica, amor, muerte y asesinato.

1. Este artículo fue publicado por primera vez en *Boletín Hispánico Helvético*, 28.2 (2016): 3-28. Esta es una versión enriquecida.

Résumé : Espido Freire (Bilbao, 1974) nous plonge à nouveau dans *La flor del norte* (2011) dans le courant toujours en mouvement de la vie, où l'amour, tout comme la mort, deviennent deux variations d'un même thème, le mal, qui peut être d'ailleurs un art beau et cruel. Par ailleurs, le choix d'un personnage historique du XIII^e siècle dont on ne conserve guère d'informations, la princesse Christina de Norvège, belle-sœur du roi Alphonse le Sage, ouvre de nouvelles perspectives étant donné le rapprochement qui peut être établi avec le « roman historique ».

À travers cet article nous souhaitons analyser au niveau métaphysique et littéraire les concepts de roman historique, amour, mort et assassinat. On donnera une importance particulière au processus de (re)construction d'un personnage dont la vie, au-delà du temps et de l'espace, des vêtements et des palais, pourrait être celle de n'importe quel être humain, profondément contradictoire, exposé à l'abîme, à la vie, au même flux constant répété cycliquement.

Mots-clés : Espido Freire, *La flor del norte*, Christina de Norvège, roman historique, amour et assassinat.

1 - Una peculiar novela "histórica"

Espido Freire ya exploró en *Soria Moria* (2007) que la Historia —y la intrahistoria— es sólo un soplo más en esta repetitiva corriente siempre en movimiento. Tal vez por eso, *La flor del norte* no es una novela histórica al uso. Frente a la escasa información sobre la protagonista, la princesa Kristina Haakonardóttir², más conocida como Cristina de Noruega, Espido Freire reconstruye su vida que, más allá de tiempo y espacio, ropas y palacios, podría ser la de cualquier ser humano expuesto al abismo, a la vida: "Me llamo Kristina Haakonardóttir, hija y nieta de reyes, princesa de Noruega, infanta de Castilla. Me llamaban «La flor del norte», «El regalo Dorado», «la Extranjera» y, en los últimos meses, «la pobre doña Cristina»"³. La marchita flor del norte parece más bien el estímulo que lleva a configurar una historia propia, con un narrador autodiegético infidente a la manera de *Irlanda*⁴, que se apoya en asuntos históricos pero los trasciende, al dar aliento vital a quien ha dejado de existir. No en vano, Espido Freire ha asegurado que "la diferencia entre la

2. Hija de los reyes Haakon IV y Margrat Skulesdatter, nacida en Bergen en 1232, Espido Freire resume así en un apéndice final la escasa información que sobre ella tenemos: "murió en Sevilla en 1262, por causas desconocidas [...]. Tenía veintiocho años de edad, y había llegado a Castilla cuatro años antes, tras un largo viaje a través de Inglaterra y Francia. [...] tuvo derecho a elegir esposo entre los hermanos del rey Alfonso. Murió sin hijos, dicen que de melancolía y por ser incapaz de adaptarse al clima andaluz. Su tumba se encuentra en la colegiata de Covarrubias. Cuando fue abierta, se encontró una momia con el cabello aún rubio, y algunos remedios medicinales adecuados para las enfermedades del oído y del riñón" (Freire, *Flor* 361).

3. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, Barcelona, Planeta, 2011, p. 17.

4. Véase RODRÍGUEZ, Samuel, "Trauma, memoria, violencia, psicopatía y psicosis en *Irlanda* de Espido Freire", *Iberic@l*, XI, 2017, p. 227-241, disponible en iberical.paris-sorbonne.fr/wp-content/uploads/2017/09/Pages-from-Iberic@l-nº-11-printemps-2017-Final-17.pdf [10.03.2019].

novela histórica y la novela de pura ficción radica sobre todo en que tienes que ser coherente con la época, no tanto en la documentación, sino en que esa documentación tiene que ayudarte, no que estorbarte, y para mí era mucho más importante la voz de Cristina que algunos de los datos históricos”⁵.

Múltiples datos históricos imbricados en la trama novelística refuerzan la base histórica que inspira la novela, aunque en realidad actúan (como ya ocurriera en sus numerosas novelas sin referencias espacio-temporales)⁶ en calidad de *effet de réel* barthiano, es decir, como descripciones aparentemente superfluas dentro del *tissu narratif*⁷ que, además de tener una función estética, pretenden configurar la *illusion référentielle*⁸ que hace creíble al lector el espacio narrativo. Pero Espido Freire ofrece sobre todo nuevas perspectivas e interpretaciones a enigmas de la Historia, como el motivo de la muerte de Cristina, supuestamente fallecida de melancolía tras abandonar su país, la repentina boda de su marido castellano con doña Inés, la muerte de su hermano Haakon el Joven, así como la de su hermanastro Sigurd. Aunque apenas esbozado, el retrato que Espido Freire traza de Alfonso X el Sabio no resulta muy favorable. Critica su ansia por ser Emperador del Sacro Imperio a cualquier precio de modo que “el rey Sabio, la mente más brillante de su siglo, perdía la tierra bajo sus pies, mientras intentaba tocar el cielo sobre su cabeza”⁹. La autora perfila también las “intrigas” de su esposo don Felipe con los Castro y los Lara, así como la homosexualidad de su cuñado don Fadrique¹⁰. Por otro lado, aporta algunas ideas absolutamente nuevas, como la relación incestuosa de Cristina con su hermano Haakon el Joven, el caballero Ivar Englisson y el poeta Jan Gudleik.

La flor del norte nos recuerda que las historias, como *la* Historia, se repiten. Así se aprecia en la propia vida de Cristina. Su abuelo Haakon III, cuya madrastra se llamaba también Margrat, intentó casar a su hermana Kristin con otro Felipe, en este caso Felipe Simonsson, con el objetivo de sellar alianzas entre pueblos enemigos. Pero Haakon III murió, y acusaron a Margrat Erikdotter de envenenarlo, aunque escapó del país. Kristin se casó y murió pocos meses después de un mal parto en el que falleció también su hijo: “Qué curioso, una Kristin por casar de la mano de su hermano Haakon, una madre llamada Margrat y un pretendiente con el nombre de Felipe. Qué curioso, qué lección de futuro y qué malos presagios para mi boda, si me hubiera detenido a pensarlo a tiempo, me brindaba esta historia”¹¹. Los envenenamientos, como veremos, también se repiten.

La flor del norte supone por tanto un ejercicio de introspección existencial materializado a nivel técnico por una estructura cíclica, marcada por un tiempo y destino caprichosos, repetitivos. Y es que “la vida de los hombres transcurre, por lo habitual, de la manera más monótona. Los hijos suceden a sus padres en sus oficios y puestos, y los días, los meses y los años giran y se repiten, siem-

5. FREIRE, Espido, “*La flor del norte* que se marchitó de pena”, 25 noviembre 2011, disponible en youtu.be/UUViFhjGBnk, [10.03.2019].

6. Véase RODRÍGUEZ, Samuel, “Espido Freire y la renovación del cuento literario español: Aspectos teóricos y estético-formales”, *Revista Internacional de Estudios Vascos*, LIX, 2, 2014, p. 414-417, disponible en www.euskomedia.org/PDFAnlt/riev/59/RIEV_59_2_398-422.pdf [15.09.2016].

7. BARTHES Roland, “L’effet de réel”, *Communications*, XI, 1968, p. 84.

8. *Ibid.*, p. 88.

9. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, *op. cit.*, p. 307-308.

10. *Ibid.*, p. 310.

11. *Ibid.*, p. 74.

pre en hilera, la noche y la luz. Nada cambia, y al final, llega la muerte”¹². La estructura cíclica refleja esta misma idea reiterativa o *leitmotiv*. Consta de tres partes de dimensiones parecidas. La primera (págs. 7-131) comienza con su vida en Sevilla en 1262, el mismo año de su omnipresente muerte. Se subdivide en ocho capítulos que, salvo ciertas pinceladas sobre su vida en la corte de Castilla, suponen una introspección al pasado, a su vida en Noruega y los diferentes miembros de su familia. Precisamente ellos sirven de título a casi todos los capítulos (“La abuela Inga”, “Mi bisabuelo, el rey Sverre”, “Mi abuelo Haakon III”, “Mi madre la reina”, “Mi hermana Cecilia”, “Mi hermano Sigurd”). La segunda parte (págs. 133-261) narra su vida justo antes de abandonar Noruega, los preparativos y su posterior viaje hasta Sevilla, los desposorios y los primeros encuentros castellanos. No está subdividido en capítulos sino en fragmentos que comienzan por una breve e idealizada crónica histórica del viaje y su posterior desarrollo novelado en primera persona que muestra la cruda realidad. La tercera parte (págs. 265-353) nos devuelve a Sevilla y al año 1262. Emplea los mismos títulos que en la primera parte para cada capítulo, salvo uno nuevo que se incorpora en mitad del desarrollo (“No”). Sin embargo, en esta ocasión se centra en su vida castellana, si bien recorre de nuevo su vida en Noruega descubriéndonos, ahora sí sin tapujos, sus sentimientos y secretos mejor guardados y, como ella, conocemos al fin la razón de la decadencia física y anímica que sufre. Por lo tanto, pese a que la tercera parte supone una vuelta a la primera, la perspectiva con la que la protagonista contempla y cuenta su vida dan un giro absoluto a lo narrado anteriormente. Las dos primeras partes resultan casi asépticas en contraste con la pasión de la tercera. En esta última parte, especialmente en las páginas finales, descubrimos a un personaje plenamente vivo, real, con aristas y profundas contradicciones, que trastocan nuestra visión previa, como en *Irlanda*¹³. Pero aquí el planteamiento y desarrollo son más complejos, reflejo de la evolución técnica de la autora. Otros aspectos novedosos en la estructura de la novela, que muestran el *continuum* de tiempo, es el enlace que hace de algunos capítulos, introducidos con una frase final en el capítulo anterior que continúa en el siguiente. Así sucede con “La abuela Inga” en la primera parte o “Mi bisabuelo, el rey Sverre” y “Mi hermana Cecilia” en la segunda parte. Además, se deslizan numerosas frases y situaciones que se repiten en diferentes momentos de la novela, de modo que el tiempo juega caprichoso y “lo más largo y lo más corto confluyen en un mismo punto”¹⁴. Tal vez, como sabremos al final, esto se deba al veneno que están suministrándole: “algo de verdad debe de haber en que el mercurio vacía el cerebro, porque soy una nuez hueca, que piensa con pausas entre las frases, que regresa una y otra vez a la misma idea”¹⁵.

En realidad, todo se repite. Despojadas de matices en las piezas del puzzle, todas las historias son iguales. Todas sobre amor y muerte, todas sobre el mal.

12. *Ibid.*, p. 330.

13. Véase RODRÍGUEZ, Samuel, “Trauma, memoria, violencia...”, *art. cit.*, p. 236.

14. MARCO AURELIO, *Meditaciones*, Madrid, Alianza, 2013, p. 36. Aparece como paratexto al inicio de la novela.

15. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, *op. cit.*, p. 300.

2 - Sobre el arte de amar

2.1 - Matrimonio como política de intereses económicos y estratégicos

Si las historias se repiten, también lo hacen los patrones sociales que en ellas subyacen. La violencia simbólica ejercida contra las mujeres, presente en mayor o menor medida en toda la producción literaria de Espido Freire¹⁶, en el caso de un personaje del siglo XIII, aun siendo princesa, es evidente. Es especialmente en las estrategias matrimoniales donde se aprecia esta violencia. Aunque se desconoce la estrategia matrimonial concreta que llevó a casar a una princesa noruega con un infante de un país tan lejano, la Historia nos ofrece posibilidades plausibles que Espido Freire retoma. Tal vez su hermano Haakon el Joven, corregente junto a su padre Haakon IV, tenía un propósito ambicioso que se truncó con su muerte prematura. Según la Cristina espidiana (la única que analizamos a falta de datos sobre la real) su hermano desea establecer relaciones con el sur y “abrir nuevas rutas comerciales”¹⁷. No en vano, el rey le aconseja a su hijo Haakon: “consigue tierras por matrimonio y no por guerras, por muy santas que sean”¹⁸. De esta manera, planea casar a Cristina con el rey castellano si Violante sigue sin darle hijos y es repudiada, pero sus planes — como los de Cecily en *Soria Moria*¹⁹— se vienen abajo y poco después él muere y han de casarla, pese a su decepción, con un simple infante. Han esperado demasiado, y Cristina ya tiene veinticuatro años. Por eso “el matrimonio se vio como una embajada”²⁰. La casan con toda rapidez y establecen el contrato nupcial con el anillo de compromiso antes de abandonar Noruega. Del mismo modo que al principio y al final de la novela se ve como una vaca, un animal dispuesto al sacrificio²¹, tras el compromiso se siente una res vendida²². Cristina, como corresponde a las princesas, a las mujeres, participa en la economía de bienes simbólicos²³. De hecho, lo que realmente importaba en el matrimonio era “tanto el alcance social como el incremento del patrimonio que podía proporcionar una determinada unión”²⁴. La propia Cristina así lo percibe:

Para eso hemos servido siempre las mujeres, para acercar las mesas y los lechos y que haya acuerdos entre quienes ni han comido ni han dormido juntos. Por eso

16. Véase RODRÍGUEZ, Samuel, “Hacia los orígenes del mal. Violencia simbólica y personajes femeninos en la narrativa de Espido Freire”, *Iberic@l*, VIII, 2015, p. 133-148, disponible en iberical.paris-sorbonne.fr/wp-content/uploads/2015/12/Iberic@l-nº8-automne-2015-op.pdf [10.03.2019].

17. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, op. cit., p. 142.

18. *Ibid.*, p. 145.

19. Véase RODRÍGUEZ, Samuel, “El mal de las mujeres. Infancia, amistad, matrimonio y familia en *Soria Moria* de Espido Freire”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XLVIII, 1, 2018, p. 263-285, disponible en journals.openedition.org/mcv/8067 [10.03.2019].

20. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, op. cit., p. 66.

21. *Ibid.*, p. 12-15.

22. *Ibid.*, p. 185.

23. BOURDIEU, Pierre, *La Domination masculine*, Paris, Seuil, 1998, p. 12.

24. ARAUZ MERCADO, Diana, *La protección jurídica de la mujer en Castilla y León (siglos XII-XIV)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2007, p. 70.

me han educado en no sentir más repugnancia por los enemigos que por aquellos que han errado y han salido de su equivocación. Nunca se sabe de qué manera un enemigo puede volverse un aliado, y por lo tanto un marido, un cuñado, un yerno. Ni tampoco cuándo el pacto de alianza será roto y no habrá ya más familia que la del marido, porque la guerra habrá estallado de nuevo²⁵.

Eso le sucedió a su madre, cuyo padre, Skule Bardsson, conspiró contra su marido. Vio impávida su muerte y la de su hermano. Y es que una buena dama (no digamos ya una reina) ha de controlar sus emociones: “la primera lección de una mujer casada era mantener siempre la sonrisa pronta y el misterio sobre sus emociones. Si nadie adivinaba qué era lo que deseaba o lo que le repugnaba, nadie podría acusarla de intrigar a favor de sus intereses”²⁶. Como Cecily, enseña a su hija a hacer de sus intereses los de su marido: “Hizo siempre de él lo que quiso, pero se aseguró de que lo que ella quería fuera lo adecuado para él”²⁷. Esos intereses deben ir encaminados por tanto al beneficio de la familia, en el sentido bourdiano, en tanto que “principe collectif de construction de la réalité collective”²⁸.

Como Leonor de Plantagenet y tantas princesas, se casa con un desconocido. Ivar intenta convencerla de que se case con don Jaime²⁹, pese a que cuando estuvieron en Aragón se lo desaconsejó. Al final sabremos que es porque está celoso del apuesto don Felipe. Cuando lo ve Cristina entiende al fin los cantos de los poetas³⁰.

Excepcionalmente Cristina puede elegir marido entre los hermanos del rey castellano, aunque parece más bien una trampa, porque sólo hay una opción “positiva”: don Fadrique es homosexual, don Enrique se ha sublevado contra el rey, don Sancho es un arzobispo obsesionado con el poder y, finalmente, don Felipe se muestra como el joven apuesto merecedor de la elección de la nueva infanta castellana. Antiguo hombre de Iglesia, formado en la Universidad de París, acepta complacido la elección. Se hace el correspondiente intercambio de regalos: ella le ofrece una cruz de oro y esmalte “como recordatorio de la santidad del matrimonio”³¹, y él “cuatro peinecillos muy labrados y de largos dientes”³² que luego sabrá que se llaman peinetas. Supuestamente pertenecieron a su madre Beatriz, aunque a la reina Violante le extraña no tener conocimiento de ellas pues es a ella a quien le hubiera correspondido heredarlas³³. Don Felipe le regala también una gineta a la que llama *Bitte Litten*. Cristina pide una iglesia a san Olav que él acepta construir —miente—. La unión finalmente se desvela desigual respecto a la dote y las arras. Pero hay otra cuestión en la que, respecto a Cristina, don Felipe flaquea: los “juegos de amores”³⁴.

25. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, op. cit., p. 72.

26. *Ibid.*, p. 101.

27. *Ibid.*

28. BOURDIEU, Pierre, “À propos de la famille comme catégorie réalisée”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, C, 1993, p. 33.

29. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, op. cit., p. 231.

30. *Ibid.*, p. 237.

31. *Ibid.*, p. 240.

32. *Ibid.*

33. *Ibid.*, p. 241.

34. *Ibid.*, p. 340.

2.2 - Virtud vs. apariencia. Las delicias de los juegos de amores

La sexualidad velada, predominante en la narrativa de Espido Freire, ofrece su contrapunto a través de un personaje del siglo XIII. Obedeciendo al proceso de construcción de la sugerencia de la trama³⁵, los jirones ocultos de Cristina se perfilan poco a poco en la novela hasta culminar en las últimas páginas. Violante, la cruel magiar de ojos helados, introduce la duda. La previene de los peligros de un marido tan atractivo,

aunque tengo entendido que a las mujeres de vuestra tierra os instruyen bien en esas artes [amatorias] [...]. En vuestras tierras las mujeres no viven en la ignorancia, como aquí. De sobra sé que a algunas princesas sólo las casan cuando han dado pruebas ya de fertilidad y han tenido un hijo o dos. Por eso se casan mayores que aquí... Vuestras criadas me han contado que amabais a un bufón llamado Gudleik³⁶.

Ella se escandaliza y defiende su castidad, su virtud de mujer y, no obstante, fantasea con la idea de que la acusen de lascivia y ella deba defenderse³⁷. Desea la sospecha, contra ella, contra Ivar, su protector en el viaje, que le recuerda a su hermano. Pero como Gudleik, Ivar fue su compañero de juegos amorios, si bien el amor y sus juegos comenzaron antes, bajo la calidez y la familiaridad que sólo un hermano, su amado Haakon, podría proporcionar. Auspiciado por su hermana Cecilia, tras su segundo matrimonio le propone tener a un amante, a lo que Cristina responde: “No puedo elegir un amante [...]. Quizás contigo hayan sido más permisivos, pero a mí me destinan a un puesto más alto. Es probable que hagan verificar mi virginidad”³⁸. Su hermana continúa: “hay otros modos —insistió ella—, y te dejarán tan intacta y doncella como a María Santísima”³⁹. Cristina nos los hace saber:

Me explicó entonces las distintas maneras en las que podían juntarse un hombre y una mujer, unidos o no por lazos sagrados, y de qué forma burlar las preñeces y gozar de las obligaciones del matrimonio. Me mostré tan asustada y fascinada como cuando me había contado de qué manera montaban mis padres uno sobre el otro, y cómo eso era lo que traía hijos al mundo⁴⁰.

Ella reacciona con estupor: “Pero eso es... eso es impío. ¡No puede resultar placentero! ¡Dios nos dio un agujero a la mujer para ese fin!”⁴¹ a lo que replica Cecilia: “Si Dios quisiera que

35. Véase POZA DIÉGUEZ, Mónica, “Sugerencia de la trama o la magia narrativa de Espido Freire”, *Espéculo*, XX, 2002, disponible en pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero20/freire.html [10.03.2019].

36. FREIRE, Espido, *La flor del norte*, op. cit., p. 244.

37. *Ibid.*, p. 212-213.

38. *Ibid.*, p. 342.

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. *Ibid.*

únicamente usáramos ese agujero —dijo entre carcajadas—, ¿para qué nos daría otros?”⁴². No obstante, le aconseja ser precavida en la elección de su pareja de juegos: “has de ser sensata y elegir con cabeza, no vayas a ser luego chantajeada o tratada con poca delicadeza. Tu primer amante debería ser Haakon. Al fin y al cabo, es tu hermano mayor y tu rey, y, tanto por las antiguas leyes como por las nuevas, tiene derechos adquiridos sobre ti”⁴³. La propia Cecilia habla con Haakon y esa misma noche acude a los aposentos de su hermana Cristina: “Llevó mis dedos a sus labios y los cubrió de besos. Ésa fue la primera ocasión en la que compartió mi lecho. Con la calma de un maestro, me enseñó a respirar con calma, a mantener el cuerpo flexible, y luego, cuando fuera preciso, tensarlo, el uso de los aceites de frío y los aceites de calor”⁴⁴. Riquilda, la estúpida esposa de Haakon, se muestra muy celosa, aunque desconoce sin embargo la profundidad de su “atención”. En cuanto a la reina, “si mi madre sospechó algo, nunca lo dijo”⁴⁵. Su hermano le envía al poeta Jan Gugleik para que le enseñe el “estilo del sur, [...] el mundo de las prendas y los chantajes de amor”⁴⁶, además de la composición de poemas: “Supe por él, en suma, todo el placer que podía procurar la boca, tanto con sus palabras como con su uso en otras formas, y tan gustoso e inocente que ningún mal podía procurarme”⁴⁷. Así,

La primera vez que su lengua rozó la carne tierna que se ocultaba bajo mi vello púbico creí morir: desprevenida, di un grito, que no tuve tiempo de ahogar bajo mi mano. Contuvimos la respiración, seguros de que alguien debía haberme escuchado, pero la noche se mantuvo silenciosa y oscura.

— ¿Deseáis que continúe? —preguntó, en voz baja.

— No deseo otra cosa —respondí, aún más agitada.

Cuando, un par de noches más tarde, le enseñé lo aprendido a mi hermano, él también contuvo un alarido mientras se vaciaba en mi boca⁴⁸.

De esta manera, es ahora cuando descubrimos el alcance de los “juegos” de los que con anterioridad nos habló⁴⁹ y los sentimientos de Cristina hacia su hermano: “Yo no podía concebir que alguna vez pudiera amar a alguien con mayor veneración que a Haakon”⁵⁰. Tal vez por eso, tras perder a Haakon y los juegos amorosos, encuentra refugio en Ivar, el fiel amigo de su hermano. Su relación se inicia en el largo viaje a Castilla, en Yarmouth: “un poco borrachos [...] nos desnudábamos y entrelazábamos las piernas, encendidos por la prisa y la espera. Ivar conocía las mismas técnicas que Haakon y, si cerraba los ojos, podía pensar que aún me hallaba en Bergen, en mi cuarto, y que las manos que recorrían mi espalda eran las suyas”⁵¹. Pero a diferencia de su

42. *Ibid.*, p. 342-343.

43. *Ibid.*, p. 343.

44. *Ibid.*

45. *Ibid.*, p. 344.

46. *Ibid.*, p. 345.

47. *Ibid.*, p. 346.

48. *Ibid.*

49. Cuando su tía abadesa le habla de los peligros de la belleza Cristina reflexiona: “ambiciosa y joven como era, me resistía a no ser admirada, a que los juegos con mi hermano y sus amigos finalizaran” (*ibid.*, p. 150).

50. *Ibid.*, p. 148.

51. *Ibid.*, p. 150.

hermano, Ivar se muestra celoso. Por eso le insta a rechazar a Jaime I de Aragón y, más adelante, a don Felipe.

El nivel de experimentación sexual de Cristina es inversamente proporcional a su apariencia virtuosa, que se ocupa de incrementar: “me mostraba más estricta y más casta que nunca ante los ojos ajenos”⁵². Y es que, más importante que la virtud, es la apariencia. Y hasta el reino de Castilla, frente al rey santo, la reina Violante, su futuro esposo y los veinticinco mil vallisoletanos hambrientos, llega Cristina virgen al matrimonio. Aunque aún no lo sabemos, espera continuar sus deliciosos juegos de amores con el apuesto don Felipe, en una sexualidad latente unida al dolor que, como sabremos también, no es más que el veneno clavado con las peinetas: “Le aferré por el jubón. Deshice, una a una, las ataduras de su camisa, le despojé de las botas. Sentía a la altura de las sienes, donde aún me dolían las heridas de las peinetas, una presión seca, la de los deseos a punto de verse satisfechos, y una fiebre repentina en la frente”⁵³.

Tanto esmero por mantener la honra, la virginidad, y sin embargo “para lo que me sirvió haberla conservado, hubiera podido entregar mi virginidad a Haakon, a Gudleik. Se la hubiera podido regalar a Ivar. Nadie me pidió pruebas de ella, y a nadie le importó que no la perdiera”⁵⁴. Enferma de muerte, descubre demasiado tarde las causas de la continencia de su marido, relacionadas con su enfermedad y sus insospechados ejecutores: su marido infiel y su devota amante, doña Inés, valedora diurna de la confianza de Cristina y refugio nocturno de don Felipe. Nos queda no obstante la sorprendente vida sexual de la protagonista, desvelada casi al final. Se ofrece como un “clímax” que precede a la conclusión inminente, tras tanto placer, tantos juegos, tanto dolor, tanto mal.

3 - Sobre el arte de matar

3.1 - De nuevo, siempre, el mal

El mal abre y cierra el círculo, la vida, la corriente siempre en movimiento. El mal es inherente a nosotros, seres fugaces, volubles, frágiles. El mal es polisémico, se materializa en el acto empírico o no. Es contradicción y, como tal, necesario, pues forma parte del movimiento. Bien sea por fragilidad, impureza o malignidad, participamos todos en él. Nacemos solos, y solos morimos. En mitad del camino, nuestro mal confluye con el ajeno, se tocan, comparten, luchan. El poder es sólo una excusa. Nos permite proyectar el mal en el otro, jugar con él, y escapar sin culpa o, al menos, sin remordimientos.

Los malos pueden ser los birkebeiner o los bagler. Pero Inga de Varteig, ave rapaz, sabe que el mal está en todos, y contra todos lucha, aun a costa de renunciar al amor: “La abuela Inga había renunciado a querernos en su afán por desligarse de todo aquello que pudiera perder y cau-

52. *Ibid.*, p. 345.

53. *Ibid.*, p. 261.

54. *Ibid.*, p. 348.

sarle una herida”⁵⁵. Como le enseña el tío Roe al futuro Sverre I, bisabuelo de Cristina, es necesario “conoc[er] bien tu sombra y a tu enemigo”⁵⁶. Cristina peca de confiada en lugar de entender que su hipócrita máscara virtuosa es la misma que todos portan, también sus nuevos “amigos” castellanos. Los malos en la corte castellana se extienden silenciosos cuan malas hierbas. Mienten sobre todos, también sobre ella. Pero no sólo en la corte castellana anida el mal: “Ésta es una corte abarrotada de jóvenes solteros, de obispos que no deseaban serlo, de viudos y de impedidos, una corte que respira deseo y violencia. Quizás también lo era la de mi padre, y yo miraba hacia otro lado”⁵⁷.

El mal anida en todos los personajes. Cristina duda si su hermano amado Haakon muere envenenado por su propio hermano pequeño, Magnus, con la ayuda de la abuela Inga, tejedora en la sombra de los hilos del poder⁵⁸. Pero tampoco el victorioso abuelo Haakon III escapa a la profunda maldad, violador acaso de Inga pese a la idílica y misteriosa leyenda que cuentan⁵⁹. La asesina Margrat Eriksdotter, esposa de Sverre I, mata a su hijastro; tampoco la madre de Cristina aprecia a sus hijastros, Sigurd y Cecilia, hijos ilegítimos de otro tiempo, y los humilla siempre que se le presenta la ocasión. Las leyendas falsean la verdad sobre la muerte de Sigurd, fallecido supuestamente en plena caza, aunque en realidad se ofrece como fruta madura a la muerte eterna⁶⁰, corroído por el odio y el amor a su fallecida hermana Cecilia⁶¹. El abad sevillano que atiende a Cristina sólo busca el dinero de una enferma extranjera a la que, con suerte, verá morir pronto. Cecilia parece el único ángel redentor entre las conspiraciones nórdicas: “había nacido con el don de esparcir la felicidad y, sin esfuerzo, era adorada y obedecida. Dicen que los que son así permanecen pocos años en este mundo”⁶². Los ángeles deben morir, y su destino será la muerte acuática junto a su nuevo esposo camino de las Hébridas. Si Cecilia es el claro contrapunto de Sigurd, Constanza de Aragón lo será de la reina Violante en la corte castellana.

En cuanto a Cristina, nuestra delicada y hermosa “flor del norte”, confiesa pecar por omisión, por malos deseos, pensamientos y “viles inclinaciones”⁶³ que, como la “intención” kantiana, apuntan siempre al mal⁶⁴. Pero cínica —como todos—, de manera consciente o no, al principio engaña: “Me obligan a confesarme como una infeliz pecadora, aunque nunca en mi vida he hecho, en mi conocimiento, mal a nadie”⁶⁵. Más adelante conoceremos su crueldad, aleccionada por su madre, discípula de otras madres, otras mujeres conscientes de un mundo de seres humanos cruel, donde cada uno juega con las armas que el destino y su sexo le otorgan. ¿Cuánto vale la vida de un ser humano? Para Cristina, tanto como la aprobación materna. Así lo recuerda cuando tuvo la

55. *Ibid.*, p. 130

56. *Ibid.*, p. 64.

57. *Ibid.*, p. 34.

58. *Ibid.*, p. 315.

59. *Ibid.*, p. 90-93.

60. *Ibid.*, p. 126.

61. *Ibid.*, p. 122.

62. *Ibid.*, p. 102.

63. *Ibid.*, p. 269.

64. Kant considera en *De la religión dentro de los límites de la mera razón* (1793) que el mal parte en primer lugar de una “intención” (*Gesinnung*) de orden inteligible, anterior a los actos propiamente dichos de incidencia empírica (*Tat*). En esa intención o actitud hacia el mal el albedrío decide a qué máxima suprema se atenderá en sus acciones. No obstante, acciones de apariencia bondadosa pueden esconder una intención espuria.

65. *Ibid.*, p. 17.

oportunidad de salvar a un injustamente condenado a muerte, pero no lo hizo para complacer a su madre⁶⁶.

Con su madre, la reina Margrat Skulesdatter, Cristina mantiene una relación tensa, aunque menos severa que la de Dolores con su madre en *Soria Moria*. Margrat confía más en el buen hacer de su esposo, y su maldad no parece rozar los límites cuasi patológicos de Cecily. Pero nada es como parece, y al final Cristina nos descubre una violencia desconocida en su madre: “He visto cómo ejecutaban a mi padre ante mis propios ojos, y no creas que lloraré si tengo que matarte a ti a golpes para que me obedezcas —decía mi madre, y a mí me aterraba, porque la sabía capaz de ello”⁶⁷. No obstante, “creo que, con los años, mi madre me tomó algún afecto”⁶⁸. Al final conocemos también que una de sus dueñas llamada “la Muda” lo es a causa de Cristina, que proyecta la rabia de su deseo sexual insatisfecho en su dueña y su amante, a los que descubre juntos. A una la castiga haciéndole cortar la lengua, al otro lo manda castrar. El sadismo tiene su contrapartida en sus peculiares juegos de amores. Si Cristina fue engañada por su marido, antes fue ella la que jugó con su cuñada Riquilda y, en realidad, con todos nosotros. El deseo de mal, aun sin materializarse, también a Cristina le acompaña. Le desea el mal a la cruel Violante, un peculiar espécimen de mujer malvada espejo de Irlanda o Isabella (*Soria Moria*), pero también le desea el mal al supuestamente piadoso Luis IX de Francia⁶⁹ y a Ivar, porque las duras palabras que le dedica en su despedida le muestran su propia maldad, disfrazada de princesa “digna, bella y fría como una estatua”⁷⁰.

Ivar también le recuerda a Cristina una forma despiadada de mal en la que ella —todos nosotros— somos expertos: ni siquiera recuerda a Jan, el poeta, el desaparecido, el que tanto amor le dio. Cansada del camino, traicionada, desengañada por tanta maldad en la que ella misma participa, como a Jan Gudleik, a Ivar, a su amado Haakon, a Cecilia, a Sigurd, a Olaf y a ella misma, le espera el olvido. Le espera la muerte.

3.2 - Sobre el buen envenenador

*La muerte me parece hoy
como el lugar de reposo para un enfermo,
como salir al aire libre tras estar encerrado.
La muerte me parece hoy para mí
como el olor de la mirra,
como sentarse bajo un toldo un día de brisa.
La muerte es hoy para mí
como un camino llano,
como la vuelta a casa después de un largo viaje.*

Diálogo de un desesperado con su alma.

Egipto, 2190-2040 a. C.

66. *Ibid.*, p. 333.

67. *Ibid.*, p. 332.

68. *Ibid.*

69. *Ibid.*, p. 203.

70. *Ibid.*, p. 253.

Desde el incipit *La flor del norte* nos ofrece el relato de una moribunda, que se sabe próxima al fin:

Ahora

sé con certeza que moriré en breve, que no finalizaré nada de lo que he comenzado [...]. Y tengo prisa por morir, porque no soporto el dolor constante de continuar viva ni las promesas rotas a mis espaldas.

El día es claro, y hemos derrotado al invierno mucho antes que otros años. Hemos vencido a la oscuridad y a las amenazas de rebelión [...]. Todas mis oraciones han sido atendidas, y por mucho que mi vanidad humana se debata ahora que se acerca mi hora, he de reconocer que el último invierno ha sido generoso con nosotros, y Dios no se ha apartado de nuestro lado, aunque me niegue una mirada clemente⁷¹.

Como en *Nos espera la noche* (2003), “habían derrotado al invierno”⁷². La vida primaveral fluye en lucha retorciéndose desde las raíces y, ricos y esclavos, jóvenes y ancianos, permanecen. Sin embargo “nada de eso alberga ahora la menor importancia, porque todos saben que me estoy muriendo”⁷³. La naturaleza, que no entiende de bien ni mal, de justicia o injusticia, nos recuerda no obstante la necesidad del contraste: alguien debe morir para que valoremos la vida. Y la muerte, como los enajenados, espanta el miedo: “La presencia de la muerte me otorga valor y una sonrisa de cierta crueldad se acerca a mis labios de cuando en cuando. Por primera vez en mi vida no me importan las reacciones ajenas”⁷⁴. Su enfermedad es un misterio: comenzó con un temblor suave, poco después de la boda, seguido por la pérdida de apetito, pesadez de manos, aceleración de los latidos e hinchazón de vientre y, al final, sólo tristeza, debilidad y melancolía creciente⁷⁵. Por fortuna, dispone de dos dueñas que cuidan siempre de ella, Mariquilla y la Muda, además de una fiel dama de compañía, doña Inés, que “tan hermosa y tan amable, se encarga de darme algo de color en las mejillas y de peinarme de manera que ofrezca un aspecto digno. Con sus dedos y las peinetas logra dar la impresión de que mi cabello aún es abundante”⁷⁶. Su atento marido, don Felipe, la visita con frecuencia en su lecho, la abraza, y busca sus manos. Una historia más. Se ama, se muere, se olvida, se mata todos los días.

Existen muchos modos de matar a una persona y escapar sin culpa. Existen sofisticados métodos químicos, brujería, envenenamientos progresivos. Nada nuevo. Siempre han existido. Haakon III ya murió envenenado por su madrastra. Por fortuna, Cristina cuenta con un relicario de ámbar, regalo de su madre, que la previene de posibles venenos. Pero la visita del médico judío que atendió a su hermano Haakon le desvela crueles verdades. Su hermano amado, como el abuelo, fue envenenado, en este caso con *Acqua Nefanda*, un compuesto asesino de cantárida, nuez moscada, cimbalaria y mandrágora⁷⁷. La cantárida, usada también para despertar el vigor sexual, termina

71. *Ibid.*, p. 9.

72. FREIRE, Espido, *Nos espera la noche*, Madrid, Suma de Letras, 2003, p. 13.

73. *Id.*, *La flor del norte, op. cit.*, p. 18.

74. *Ibid.*, p. 271.

75. *Ibid.*, p. 299.

76. *Ibid.*, p. 11.

77. *Ibid.*, p. 292.

provocándole un último gemido al dulce Haakon, que muere pronunciando las mismas palabras que la protagonista de *Diabulus in musica* (2001) “*mor, mor y kald*”⁷⁸, esto es, “madre” y “frío”. Aunque en ese momento había una embajada castellana en Noruega, el veneno no lo es, puesto que “los usos castellanos se inclinan por venenos lentos, discretos, que desvían la atención de quien los suministra”⁷⁹.

— Entonces —dije, muy despacio, casi para mí—, a mí también me están envenenando.

El médico bajó la cabeza.

De pronto, todo pareció muy sencillo. La existencia, con todas sus revueltas y complicaciones, con sus senderos y atajos, mostraba un único camino ante mis ojos. Allí estaban, la verdad y la muerte, de la mano, avanzando muy despacio hacia mí, para abrazarme y darme la bienvenida tras el largo viaje⁸⁰.

Los motivos para matar a una persona son infinitos e insospechados. Si se cuenta con tiempo y crueldad, es posible seducirla. Seducirla como su dulce esposo, que respeta escrupulosamente su castidad, o doña Inés y sus peinetas clavadas, con tanto cuidado, con tanto cariño, desde el primer día. Con premura se desprende de ellas el día de su boda⁸¹. Pero su afán por adaptarse a las modas castellanas y dar gusto a su esposo, que tan generosamente se las ofreció, vence sobre la comodidad. Del mismo modo que Medea a la hija de Creonte, doña Inés ofrece la belleza untada en veneno como presente. Cristina, tan cerca de la muerte, hace sus últimas voluntades, y la manda llamar: “Os lego mi bien máspreciado. —Y mi mano busca entre mi pelo amarrado y arranca una de las peinetas de oro que, cada mañana, sus dedos diligentes clavan en mi cabeza. Con los ojos desorbitados ve cómo la dirijo hacia su cabello, quizás hacia su rostro, si mi pulso falla, y de un salto se aleja de mí y de mi asiento”⁸². Cual cazador y alimaña, se observan. Carente de todo escrúpulo, de todo remordimiento, doña Inés se desprende al fin de su máscara: “doña Inés me mira con desprecio. Habla con desprecio”⁸³. Cristina le pregunta el por qué, y plantea una enrevesada estratagema de Violante, a fin de cuentas, quien le ofreció la compañía de doña Inés. Su muerte no es producto de alta traición, una pieza más de un enrevesado complot político, de la Historia, sino de un asunto doméstico: un sorprendente triángulo amoroso en el que ella es el peón que ha de caer para que rey y reina prosigan su camino en el tablero. La recompensa de doña Inés, tras la muerte de Cristina, será su propio marido: “¿Creéis, loca, que se casará con vos? ¿Un infante de Castilla, con fortuna propia y apostura? ¿Con una dama de compañía, la hija de un secretario? [...]. Las promesas de los hombres se las lleva el primer viento que pase”⁸⁴. Pero su historia de amor se inició hace tiempo, aunque el rey prohibió a don Felipe abandonar el sacerdocio. Sólo la interesada boda con la princesa Cristina le abrió las puertas al mundo, al amor, aunque para eso la desconocida princesa extranjera debía morir. Doña Inés y don Felipe han vivido en secreto su amor, y tres embarazos imprevistos

78. *Ibid.*, p. 296.

79. *Ibid.*, p. 295.

80. *Ibid.*, p. 296.

81. *Ibid.*, p. 249.

82. *Ibid.*, p. 320.

83. *Ibid.*, p. 321.

84. *Ibid.*, p. 322-323.

que de manera discreta doña Inés se ha ocupado de atajar. La pareja de amantes no ha dejado de burlarse de Cristina, incluso en su noche de bodas, y el propio don Felipe urde el plan contra ella. Don Felipe se presenta ante ella tranquilo, libre también de culpas, enfermo de amor por doña Inés: “a veces siento que no puedo vivir sin ella. Otras veces la estrangularía con mis propias manos”⁸⁵. A ella, pese a todo, le resulta imposible odiarle y le echa la culpa sólo a doña Inés.

Hija de reyes, la princesa Cristina, infanta de Castilla, termina prácticamente sola y sin sentido en una corte extranjera: “yo muero sin haber servido de nada. Qué mala apuesta. Yo que creía dominar el ajedrez. Qué mal jugado. Qué hiedra inútil se desarraiga de la pared”⁸⁶. Como el bisabuelo Sverre, como la abuela Inga, hubiera debido aprender “a no esperar demasiado de quienes en un inicio parecían nuestros amigos y aliados”⁸⁷. En definitiva, “que la vida [es] una lucha contra todo y contra todos, un pulso desesperado contra la muerte en el que se perdía siempre, aunque convenía mantenerse en la batalla el mayor tiempo posible”⁸⁸.

Mas su batalla concluye. A modo de *da capo*, la novela nos devuelve a la misma inminencia de la muerte. Este es el final —¿el comienzo?— del camino. Y nadie pierde otra vida que la que vive ni vive otra que la que pierde. Lo que se gana o se pierde no cuenta absolutamente para nada. Todo se diluye, la materia corrupta, la mente malvada —el espíritu kierkegaardiano— y se funden en lo inexplicable, la nada:

Como una vaca aguardo, en esta casa del patio, el momento para mi sacrificio. Por entre mis dedos agarrotados se desliza lo que queda del día. Mi tierra. Mi país. Mi ciudad. Mi familia, mi madre, mi lengua casi olvidada, mis costumbres perdidas. Todo aquello que fui, mis años de niña y mis miedos de mujer, mi padre, mis secretos escondidos, los juegos de amor, el rincón del jardín en el que enterramos a mi hermano Olaf. *Bitte Litten*. La mirada de Haakon, las manos de Ivar, los rizos pelirrojos de Cecilia, los ojos moteados de mi marido. No poseo nada de eso; se escapa entre las manos, lo dejo marchar sin una queja como es mi deber. Atrás queda la parte más mezquina de mí (mi cuerpo mortal, mis pieles apolilladas, el coral que no supo protegerme) y sólo los jirones de alma se agitan, y se estiran y flotan hacia lo alto, sin peso, sin consistencia, sin sentido⁸⁹.

Nada hay fijo en esta vida fugaz. Así, la narradora autodiegética de *La flor del norte*, como Natalia en *Irlanda*, nos ofrece jirones de vida que sólo cobran sentido al final, aunque aquí contruidos con una maestría de la retórica de la ocultación que muestra la evolución de Espido Freire hacia unas líneas más depuradas, sutiles y sugerentes en la relación ambigua del bien y el mal.

Dicen que el amor es benigno, es eterno. Así debe ser. Pero se nos antoja a nuestro pesar que, de entre todos los instintos, no hay uno que tenga más poder, más brillo, más capacidad de sugestión, de crear y destruir, de adquirir formas diversas, asequible a cualquier ser humano, en

85. *Ibid.*, p. 337.

86. *Ibid.*, p. 336.

87. *Ibid.*, p. 317.

88. *Ibid.*, p. 311.

89. *Ibid.*, p. 353. Son las últimas palabras de la novela.

cualquier época y lugar, que el mal. Un mal radical, innato, universal. Por tanto, nadie es inocente, tampoco Cristina, y todos participan —participamos— en una espiral de violencia, física o no, de la que resulta imposible escapar. Por eso “no me gusta lo que he recordado, ni me agrada lo que veo”⁹⁰. Al menos la muerte literaria le permite a Cristina trascender. Lo inefable, ahí está consumado. El eterno mal nos encumbra.

Bibliografía

- ARAUZ MERCADO, Diana, *La protección jurídica de la mujer en Castilla y León (siglos XII-XIV)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2007.
- BARTHES, Roland, “L’effet de réel”, *Communications*, XI, 1968, p. 84-89.
- BOURDIEU, Pierre, “À propos de la famille comme catégorie réalisée”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, C, 1993, p. 32-36.
- , *La Domination masculine*, Paris, Seuil, 1998.
- FREIRE, Espido, *Irlanda*, Barcelona, Planeta, 1998.
- , *Melocotones helados*, Barcelona, Planeta, 1999.
- , *Diabulus in musica*, Barcelona, Planeta, 2001.
- , *Nos espera la noche*, Madrid, Suma de Letras, 2003.
- , *Soria Moria*, Sevilla, Algaida, 2007.
- , *La flor del norte*, Barcelona, Planeta, 2011.
- , “La flor del norte que se marchitó de pena”, 25 noviembre 2011, disponible en youtu.be/UUViFhjGBnk, [10.03.2019].
- MARCO AURELIO, *Meditaciones*, Madrid, Alianza, 2013.
- POZA DIÉGUEZ, Mónica, “Sugerencia de la trama o la magia narrativa de Espido Freire”, *Espéculo*, XX, 2002, disponible en pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero20/freire.html [10.03.2019].
- RODRÍGUEZ, Samuel, “Espido Freire y la renovación del cuento literario español: Aspectos teóricos y estético formales”, *Revista Internacional de Estudios Vascos*, LIX, 2, 2014, p. 414-417, disponible en www.euskomedia.org/PDFAnlt/riev/59/RIEV_59_2_398-422.pdf [10.03.2019].
- , “Hacia los orígenes del mal. Violencia simbólica y personajes femeninos en la narrativa de Espido Freire”, *Iberic@l*, VIII, 2015, p. 133-148, disponible en iberical.paris-sorbonne.fr/wp-content/uploads/2015/12/Iberic@l-nº8-automne-2015-op.pdf [10.03.2019].
- , “Trauma, memoria, violencia, psicopatía y psicosis en *Irlanda* de Espido Freire”, *Iberic@l*, XI, 2017, p. 227-241, disponible en iberical.paris-sorbonne.fr/wp-content/uploads/2017/09/Pages-from-Iberic@l-nº11-printemps-2017-Final-17.pdf [10.03.2019].
- , “El mal de las mujeres. Infancia, amistad, matrimonio y familia en *Soria Moria* de Espido Freire”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XLVIII, 1, 2018, p. 263-285, disponible en journals.openedition.org/mcv/8067 [10.03.2019].

90. *Ibid.*, p. 318.